

Desafíos para el Papa del tercer milenio

La herencia de Juan Pablo II

FÉLIX MORACHO

Este es el título del libro de Henri Tincq, periodista en *Le Monde* y presidente de la Asociación Francesa de Informadores Religiosos. Un libro que no quiere ser el retrato de un papa, ni un balance que sería prematuro, injusto e incompleto. Menos aún una tesis a favor o en contra de Juan Pablo II.

Lo que Juan Pablo II ha vivido en sus veinte años de pontificado ha sido, es y seguirá siendo extraordinario para la historia de la Iglesia y del mundo. Ya será difícil que el papa del Tercer Milenio prosiga todo lo bueno del papado de Juan Pablo II: su quehacer, ritmo, protagonismo. El ensayo que este libro nos presenta es un análisis sereno, con variada y abundante información, con precisión y equilibrio en sus valoraciones, con valentía cordial y comprensiva, de lo que ha hecho, lo que hace el Papa Juan Pablo II, pero sobre todo lo que es más importante en relación al futuro: la herencia que ese su "hacer" entrega a la Iglesia, los desafíos (algunos de ellos, pues no pretende ser exhaustivo) que esperan al catolicismo.

Juan Pablo II, como Sumo Pontífice de la Iglesia, siente y lo expresa que la voluntad de Dios le solicita su entrega total al servicio de un doble proyecto: de reafirmación de la identidad católica en el mundo (la Iglesia hacia dentro) e instauración de un nuevo orden ético internacional (la Iglesia hacia fuera presente en todos los debates políticos, éticos y sociales en los que se ve envuelto el mundo).

Juan Pablo II ha sido extraordinariamente fiel a esa voluntad de Dios en todos los años de su atareado gobierno. Hoy, anciano y enfermo, prosigue su misión a la cabeza de la Iglesia con un estilo y protagonismo internacional sin precedentes en la historia

Para el autor son cuatro las "tensiones" que la Iglesia afronta en los umbrales del Tercer Milenio:

- a) El que Roma está centralizando cada vez más el funcionamiento institucional de la Iglesia, ampliando y universalizando cada vez más su "magisterio", siendo así que la cultura del mundo, liberal y democrática, demanda descentralización y autonomía.
- b) La disminución desmesurada, absoluta y relativa, de sacerdotes, de religiosos y religiosas, unida al rechazo de las soluciones que se presentan.
- c) Los diálogos que la Iglesia católica está sosteniendo, quizá como nunca, con las demás confesiones cristianas y no cristianas, cuando los integrismos y sectarismos son más virulentos en el entorno religioso pluralista.
- d) Una relación creciente con el mundo moderno cuya secularización es irreversible; y con las culturas africanas, asiáticas, que parece no tener cabida en el modelo de Iglesia, latino y occidental.

El autor recoge la voluntad de renovación creativa que se da también en el pueblo de Dios, concentrada en torno a ocho respuestas a estos "desafíos", orientadas:

1. a un ejercicio más modesto y colegial del papado;
2. a una descentralización más efectiva del gobierno de la Iglesia;
3. a la ordenación sacerdotal de hombres casados, entre otras soluciones, para atenuar los efectos de la crisis del clero;
4. a autorizar a las mujeres el ejercicio de nuevos ministerios;
5. al relanzamiento del ecumenismo (entre cristianos), a la vez en la "cumbre" y sobre el terreno;
6. a la búsqueda de una nueva ética universal, mediante el diálogo con las demás religiones del Libro y con las tradiciones de sabiduría orientales;
7. a tener más en cuenta las exigencias de la sociedad moderna, liberal y pluralista;
8. a una inserción fiel, pero más auténtica del Evangelio en las culturas de este fin del siglo, próximas o remotas. (p. 18).

Centralismo romano

Entresaco tan solo unas "muestras" aval de las respuestas que el autor propone como "tarea" para el papa (¡los papas!) del Tercer Milenio. Iré entreverando unas reflexiones que también hoy están en el ambiente. El tema es importante para la Iglesia. Está en juego la credibilidad de su testimonio ante el mundo.

Juan Pablo II entiende que el cumplimiento de esa voluntad de Dios requiere hoy en la Iglesia *una dirección única, sólida, permanente, con un sistema de organización y control que no permita ninguna fisura*. Para ello tiene a mano una *Curia Vaticana* (tal como ha llegado a nosotros hoy, pero con tres mil "curiales", se remonta a Sixto V, 1588) hechura suya, estable, duradera, de toda su confianza. Su entorno más próximo son los *cardenales* que ocupan los puestos de mayor responsabilidad. En los 20 años de su pontificado la responsabilidad de Secretario de Estado (jefe de la Curia y el más próximo colaborador del papa) sólo ha sido desempeñada por los cardenales A. Casaroli y S. Sodano. Desde 1981 J. Ratzinger está a la cabeza de la Congregación para la Doctrina de la Fe (antiguo "Santo Oficio") como el inseparable referente teológico del papa. Y sigue la lista de personalidades: Gantin, Etchegaray, Martínez-Somalo, R, Dziwicz (ahora obispo) su secretario polaco, etc. Ellos son los que *"acompañan a Juan Pablo II paso a paso, le sirven con una constancia y una dedicación absoluta y son incapaces de desfallecimiento o traición alguna... hombres aparentemente incombustibles, pero sin duda carentes de ideas nuevas."* (p.25)

En el primer milenio el obispo de Roma (el papa) era elegido por el pueblo y el clero de la ciudad. A partir del Tercer Concilio de Letrán (1179) se necesita una mayoría de dos tercios de Cardenales para elegirlo. Desde entonces el cometido principal y casi único del Colegio Cardenalicio (considerado ficticiamente como representante del clero de la diócesis de Roma) ha sido elegir al

papa. Con Juan Pablo II pasa a ser además su cuerpo consultivo y a controlar las finanzas del Vaticano. Hoy por hoy entre el 80% y el 90% de los cardenales electores han sido escogidos y nombrados por Juan Pablo II.

Durante el Concilio Vaticano II y después Pablo VI (1973) se habló de ampliar el colegio electoral con los representantes de las conferencias episcopales nacionales. Pero nada se ha hecho y hace para que la elección del papa sea más comunitaria y participativa.

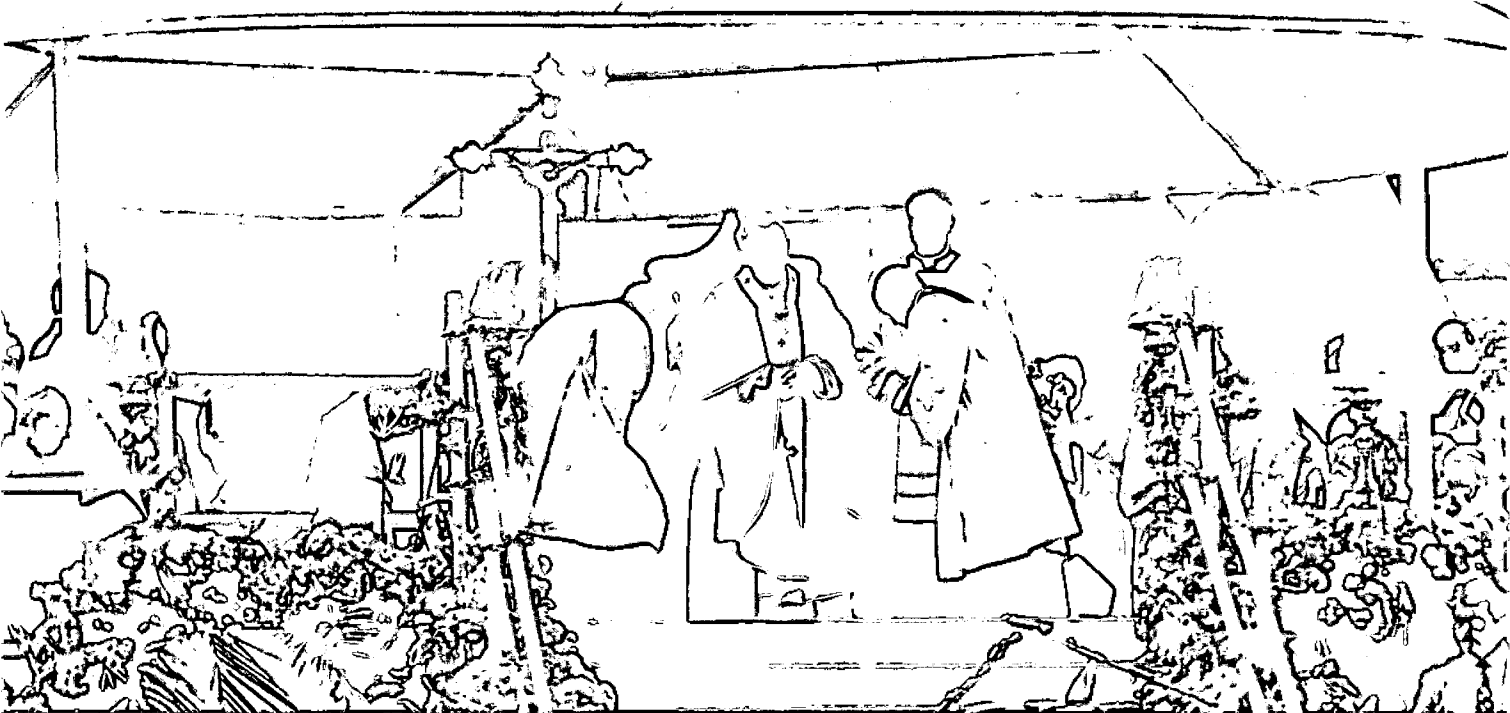
Los *sínodos de obispos* (en los que se había cifrado una gran esperanza después del Vaticano II como expresiones privilegiadas del poder, un poco mejor compartido entre el papa y los episcopados del mundo entero), tanto los ordinarios, como los extraordinarios y también los continentales, están siendo de hecho nada más que unos órganos de consulta en los que a una mayoría de delegados elegidos por las conferencias episcopales se le añade una influyente minoría nombrada directamente por el papa, se impone el tema, las conclusiones-propuestas finales no son nunca, salvo excepción, hechas públicas, el papa tiene siempre la última palabra y en su exhortación apostólica que culmina todo el proceso prescinde de las propuestas más atrevidas; ¿más necesarias también?. Además: en Roma es donde hay que celebrar los sínodos obligatoriamente.

Desautorización de instancias

A las Conferencias Episcopales -traducción consecuenta con la teología de la comunión del Concilio Vaticano II-, a la estructura jurídica eclesial como órganos de descentralización, se las ha devaluado no reconociéndoles (cardenal Ratzinger) ningún fundamento eclesiológico, "es decir, que no comprometían a toda la Iglesia", ni siquiera, individualmente, a los obispos que integran la Conferencia. La Iglesia empieza a ser desde Jesús de Nazaret la Comunidad de los seguidores de Jesús en camino hacia el Reino de Dios. Así nació, así se desarrolló. Y no puede perder su esencia. Pero Comunidad y Comunidad son palabras que en el "índice temático" del Catecismo de la Iglesia Católica no se encuentran.

Han sido hasta desautorizados los episcopados: holandeses por su Catecismo, franceses por "Pierre vivantes", documento de referencia de la enseñanza de la fe católica en Francia, ingleses por su traducción inglesa del "Catecismo Universal de la Iglesia Católica" (La Congregación romana para la Doctrina de la Fe detuvo la publicación, pero *"la mayoría de los cardenales anglófonos aprobaron la primera traducción y se opusieron, en vano, a una nueva versión"*)

Ultimamente se ha reafirmado la autoridad del obispo, hasta por encima de la Conferencia Episcopal. Y el papa mediante la Curia Vaticana y las Nunciaturas (cuyo criterio pesa más en Roma que el de los obispos locales) ha asegurado su nombramiento y con ello su fidelidad: *"En algunos países, la jerarquía episcopal ha sido casi completamente remodelada por nuncios particularmente activos: citemos a monseñor Angelo Felici en los Países Bajos, y después en Francia, a monseñor Michele Cecchini en Austria o a monseñor Pio Laghi en los Estados Unidos, que han des-*



mantelado el aparato episcopal, más bien liberal, que se había establecido tras el Vaticano II. Esta constatación es válida para América del Norte y del Sur (Brasil y Perú) y para algunos países europeos -los países Bajos, Alemania, Austria, Suiza y, en menor medida, Francia- en los que el Concilio tuvo una enorme resonancia.

Así se han urdido auténticas redes de obispos y cardenales "wojtilianos", hombres disciplinados respecto de la Santa Sede, fieles a los temas favoritos de Juan Pablo II, que ejercen una estrecha vigilancia sobre sus seminarios y otros canales de formación y encuadramiento, mantienen relaciones más bien distantes, por no poder controlarlas totalmente, con las estructuras "burocráticas" de las conferencias episcopales..., ¡cuántos fracasos ha originado este proceso de selección de obispos...!; cuántas personalidades mal preparadas para esta tarea, reclutadas únicamente en función de criterios de conformidad..." (pp 29-30).

Casos emblemáticos

Esos nombramientos se han realizado a veces con verdadero escándalo. Cito no más dos casos: en 1985 monseñor José Cardoso, un canonista oscuro, sucede a un pastor como Dom Hélder Cámara, leyenda viva en América Latina. Y lo primero que hace es "reocupar" violentamente el Palacio Episcopal que Dom Hélder había entregado como vivienda a los pobres de las favelas. Siguió desmantelando la mayor parte de las estructuras implantadas por su predecesor, revocando nombramientos de sacerdotes, recurriendo al ejército para cerrar iglesias. En 1995 es monseñor Fernando Sáenz Lacalle, una personalidad del Opus Dei, el que es nombrado para ocupar la sede donde monseñor Romero fue asesinado y donde su sucesor, monseñor Rivera y Damas, sirvió de mediador para que el país saliese de una guerra civil. Los pobres lloraron, los ricos conservadores se alegraron porque ahora sí: éste se iba a consagrar a su tarea pastoral sin meterse en política. En 1997 monseñor Sanz Lacalle acepta el nombramiento de general del Ejército salvadoreño. Y así otros escándalos que han ido marcando a las Iglesias de Colonia (Alemania), Namur (Bélgica), Coire-Zurich (Suiza), Viena (Austria).

Ningún otro colectivo ha sido más vigilado que el de los teólogos (sobre todo los teólogos de la liberación) bajo la sospecha de tratar de establecer un magisterio paralelo.

El hoy cardenal de la Curia, monseñor Alfonso López Trujillo, al ser nombrado arzobispo de Medellín y presidente del CELAM, en cuatro años "enderezó" a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas de la CLAR, a los laicos demasiado comprometidos y a los teólogos de la liberación denunciados a Roma. La campaña desatada contra la Teología de la Liberación marginó en América Latina a las comunidades eclesiales de base "eran lugares a la vez de celebración, de formación cristiana y de resistencia política... ¿En qué estado va a afrontar la Iglesia latinoamericana -que ayer era una reserva de hombres y de ideas, un polo de renovación para el catolicismo- el siglo XXI? Se denuncian "ataques" "contra la generación de los obispos de Medellín y contra el Vaticano II, su ideal de diálogo y de colegialidad" y se dice que "La Iglesia de los pobres ha sido vejada y reducida al silencio" (pp 199- 200).

El Vaticano II, fiel a la orientación original de la Iglesia, asumió la Colegialidad que, fiel a su naturaleza, equilibraría los poderes del Papado y de Curia dando más peso y autonomía a las Iglesias locales.

Por eso hoy está en el ambiente (*sensus fidelium*) la "descentralización" del sistema católico de autoridad, lo cual pasa por otra manera de vivir la "colegialidad" entre el papa y las Iglesias locales, por concesión de mayor responsabilidad a las conferencias episcopales nacionales, por una reforma de los procedimientos de nombramiento de las cabezas de las diócesis, por nuevas prácticas sinodales y por una renovación de la colaboración ecuménica" (p. 45). Se trata de una colegialidad que no reduce ni a uniformidad ni a particularismo la pluralidad diferenciada de la comunidad que hace que la Iglesia sea una unidad vital y activa. Esta colegialidad real tiene siempre el peligro ultramontano de quedar trabada por el papa que sea algo más que un papa, y por el "hacer" de una todopoderosa Curia romana (Jean Marie René Tillard, O.P., "El obispo de Roma. Estudio sobre el papado", Santander, 1986, 244pp.).

En el contexto de la modernidad, hoy más que nunca, hay necesidad vital de nuevas "formas sociales" de la fe, además de las comunidades de base, de las pequeñas comunidades cristianas del Tercer Mundo, porque si la Iglesia (que esencialmente es "comunidad de comunidades") como comunión sucumbe, "...porque los intentos han tropezado con estructuras rígidas o han sido bloqueados por la autoridad..., es posible que siga existiendo mucho tiempo bajo la etiqueta de "iglesia" y bajo la protección de unas estructuras formales fijas, en la figura de un consorcio religioso cristiano-cultural, o de un centro de acción política o de un baluarte tradicionalista; pero yo dudo de que se pueda seguir hablando...de iglesia como comunidad en camino hacia el reino de Dios" (Medard Kehl, *La Iglesia. Eclesiología Católica*, Salamanca, 1996, 446 pp, p. 189).

Protagonismo Papal

El papa Juan Pablo II está en todas partes. Ha realizado 84 visitas pastorales fuera de Italia: una sola vez ha visitado 129 países, en dos ocasiones a 21, tres viajes ha hecho a 9 países, cuatro a dos y cinco, seis y siete viajes respectivamente a Francia, USA y Polonia. Para el 16 de octubre de 1996, había estado fuera de Roma, en esos

viajes, durante seiscientos sesenta y cinco días (665). Sus continuas y múltiples intervenciones sobre la fe (dogmas y doctrina), las costumbres, los ritos, las cuestiones de disciplina eclesiástica, la vida social económica, política, los acontecimientos más diversos del mundo, se multiplican como nunca y llegan directa e inmediatamente al gran público. Ni siquiera obispos y curas podemos dar abasto a ese cúmulo de encíclicas (13), discursos, exhortaciones, homilias, declaraciones... Sólo en esas 84 visitas pastorales ha pronunciado el papa dos mil doce discursos (2.012). El papa es el gran catequista, predicador, ... párroco del mundo, el más inmediato, y además el Sumo Pontífice, la máxima autoridad. Y para las corrientes fundamentalistas católicas (extremistas en su "devoción al papa", casi culto) el infalible en temas cada vez más numerosos de la fe y de las costumbres (especialmente en la moral sexual).

¿Qué obispo, sacerdote, religiosa/so, Conferencias Episcopales se atreve a disentir públicamente en lo más mínimo? Especialmente cuando se crea y difunde la convicción de que los problemas al interior de la Iglesia únicamente se pueden resolver mediante decisiones infalibles y con la obediencia a la autoridad.

Juan Pablo II ha autorizado el debate sobre el ejercicio del primado. Pero esta es una cuestión que no puede circunscribirse a ser un medio para facilitar el diálogo ecuménico. Más importantes todavía son los temas de la misión del papa, el alcance de su poder, su duración. ¿Es preciso que el papa gobierne la Iglesia de por vida? Hay límites de edad para los obispos, para los cardenales aptos para elegir al papa, y no los hay para el papa. Con ochenta, noventa años... ¿será él quien gobernará la Iglesia de hecho? ¿Y si quedan anuladas sus capacidades físicas o intelectuales? Y no hay nada serio previsto.

Los sacerdotes disminuyen acelerada y constantemente en Europa y también, por lo menos proporcionalmente,

en otras partes del mundo. La mayor parte de los que quedan sobrepasan los sesenta años. Y el problema todavía es mayor en las congregaciones tradicionales de vida apostólica y contemplativa. Están las comunidades cristianas, particularmente entre los pobres de la periferia de las ciudades, del campo, privadas habitualmente de la Eucaristía dominical, unida al auge de las sectas en esos medios. Y ¿no será posible ordenar a hombres casados? ¿Se puede mantener una disciplina que, generalizada, estable, sólo se remonta al siglo XII y sólo se aplica en la Iglesia occidental y latina?. El cardenal León-Joseph Suenens preguntó en 1963 en la basílica de San Pedro en Roma y ante los obispos del mundo entero reunidos en concilio: "¿Dónde está aquí la mitad de la humanidad? Es una pregunta que todavía espera respuesta.

¿De qué tendremos que pedir perdón?

Sigue siendo un escándalo la división de los cristianos. Va de frente contra el único mandamiento que Jesús dejó a su Iglesia: por el que se reconoce a los verdaderos discípulos de Jesús (Jn 13,34-35). Es algo que la Iglesia de Roma, la Iglesia Ortodoxa Oriental (desde el siglo V), la Iglesia Ortodoxa Greco-Eslava (desde el s. XI) y la Iglesia de la Reforma (desde el s. XVI) tenemos pendiente...

Juan Pablo II en su encíclica de 1995 sobre el ecumenismo dice estar dispuesto a establecer un debate sobre el ejercicio del primado pontificio. Si, pero sin tocar lo "esencial del primado. *Juan Pablo II ha contribuido a hacer irreversible la marcha hacia la unidad con sus interlocutores protestantes, anglicanos y ortodoxos...*", pero en los últimos años se han acentuado las tensiones, entre otras causas porque "el ejercicio centralizado del gobierno de la Iglesia católica, la pretensión universalista del magisterio romano y las posturas adoptadas por el papa sobre cuestiones éticas han contribuido bastante al mantenimiento de esta tensión..." (pp 117-118).

Para avalar esto el autor hace historia y en ella trae una extensa cita de un "gran teólogo, experto en el Concilio" (el Vaticano II) que en 1971 dice: "La tarea que hay que afrontar consistiría en distinguir de nuevo entre la función propiamente dicha del sucesor de Pedro y la función patriarcal, crear nuevos patriarcados desligados de la Iglesia latina. Aceptar unirse al papa ya no implicaría incorporarse a una administración centralizada, sino únicamente incorporarse a una unidad de fe y de comunión..." Las palabras son de Joseph Ratzinger, en el libro "El nuevo pueblo de Dios" -publicado en España por Herder en 1972-, antes de convertirse en prefecto de la Congregación de la Fe, en cardenal y en el mejor abogado de las prerrogativas romanas." (pp. 137-138).

El cardenal Ratzinger en 1991 escribe una carta sobre "algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión". Una "comunión" de todas las iglesias que, según él, sólo podrá realizarse en torno al papa cuyo poder es "supremo, pleno y universal" (administración centralizada). Seguirán otros documentos: el *Catecismo universal de la Iglesia católica* (1992), el Directorio ecuménico (1993), la encíclica *Veritatis splendor* (1993) en la misma

línea. "Segura de su peso histórico, de su sistema centralizado y de su autoridad universal, esta lógica romana parece alejarse de la del Concilio (el Vaticano II), que, recordémoslo, hacía más que nada hincapié en la originalidad de las iglesias locales y mostraba el deseo de un gobierno más colegial, al mismo tiempo que acogía mejor las peticiones de autonomía" (p. 126).

La cuestión es que en la base está la historia, no siempre rectilínea, del primado del papa, de la infalibilidad, etc. desde los orígenes hasta nuestros días, con sus máximos y mínimos; y también la historia de la eclesiología, la más antigua, la de la "comunidad", y de la eclesiología del Vaticano I (1869-70), la de la "jurisdicción". Desde ahí hay que ver cómo se le da una comprensión histórica y creyente.

La Iglesia está en el mundo, es para el mundo. Y la historia nos enseña que no siendo ni una monarquía, ni una democracia, ha ido adoptando "de un modo análogo en su figura social visible" muchos elementos del ambiente normal de la vida de sus miembros. Es claro que la Iglesia no es una democracia en cuanto a sus fundamentos, a su razón de ser, no existe por voluntad propia; pero esta afirmación se convierte en herejía cuando se refiere a sus funcionamientos. La Iglesia, si quiere ser fiel a Jesús, no puede funcionar como una monarquía absoluta. Ahí están presentes las corrientes fundamentalistas católicas de ayer y de hoy que amplían y absolutizan la potestad magisterial, la infalibilidad papal, restaurando una actitud ultramontana convirtiéndola en la señal de la verdad de la fe católica. Se especializan en Derecho Canónico, como si este fuera el último libro y el "no va más" del Vaticano II, para modelar conforme a su mentalidad la vida concreta jurídicamente ordenada en la Iglesia.

La Iglesia hoy pide perdón por sus pecados, errores, reconoce que ha ido con mucha frecuencia a remolque, con retraso en el devenir de la historia (persecución de judíos, cruzadas, inquisición, esclavitud, mundo obrero, etc.). ¿De qué tendrá que pedir perdón el día de mañana?

El "fuera de la Iglesia no hay salvación" queda no más que como vergüenza de un pasado integrista a ultranza. Por eso a ellos no les satisface que la Iglesia católica no se considere ya como el único camino de salvación (¿Como hemos podido llegar esa barbaridad!). No podemos negar que también en las demás grandes religiones, y no sólo en las tres religiones del Libro anteriores al cristianismo "El mismo Espíritu que ha actuado en la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesús y en la Iglesia, es el que actuó entre todos los pueblos antes de la encarnación y sigue actuando hoy entre las naciones, las religiones y los pueblos" (Declaración de la Federación de Conferencias de Obispos de Asia, el 20/11/ 1979). Pero los notables esfuerzos realizados por Juan Pablo II, con sus apresuramientos, sus ambigüedades, sus fallos, pues es humano, no es Dios, ni es infalible ni impecable en todo lo que hace y dice (pp140-165) se ven entrabados porque también en ellas "algunas corrientes sólo responden replegándose sobre la identidad y la ultraortodoxia... Resistir es el mejor medio de hacer progresar la tolerancia y hacer retroceder el integrista.". Esto es esencial a la Iglesia, a la experiencia creyente, al Dios, Padre de to-

dos, que no ha hecho más que un solo mundo y lo quiere, en la medida de lo posible, bueno para todos: el hogar que a todos cobije, la mesa en la que todos como hermanos nos sentemos. "De ahí nacerá esa ética universal que es necesario crear si se quiere convivir en el tercer milenio con las religiones del Libro y con las tradiciones de sabiduría orientales." (p.139-140).

El Papa del tercer milenio tendrá como tarea encontrarse con las diversas religiones para discernir "lo que el Espíritu inspira a la humanidad, a fin de que ésta viva en paz y anuncie la gozosa nueva de la esperanza" (p. 212, cita del autor tomada de "Le Dialogue intra-religieux, Aubier-Montaigne, París 1985, de Raimon Panikar, teólogo asiático).

Hoy, en el mundo, tenemos sociedades pluralistas, liberales, individualistas, laicas consumistas. Las católicas Irlanda y Polonia, fieles a toda prueba en circunstancias adversas, liberadas de el colonizador inglés y el comunismo ateo, defraudan a la Iglesia, al papa, se independizan de ellos. En este mundo globalizado hay un cambio en el universo religioso que ya no influye como antes en la conciencia, ni en los imperativos morales. Aumenta la disminución de las prácticas religiosas regulares, crece la variedad y dispersión de las creencias, las protestas antijerárquicas, apenas se siguen las normas de la Iglesia, se disuelve la familia, etc. El Papa en su largo pontificado ha librado y libra todavía una batalla por la libertad, la verdad y la defensa de la vida. Pero no es escuchado, sino criticado, culpado. Sin tener en cuenta que la crisis, las ambigüedades de la sociedad, también afectan al contenido y al sentido de la fe, de todo lo religioso. Juan Pablo II, sintiéndose conductor de la historia, ha hecho y sigue haciendo esfuerzos titánicos para mantener la dignidad del ser humano y los derechos de su conciencia "en contra de los peligros que representan los excesos de la ciencia, del hedonismo y una ideología materialista... La opción del mañana no será entre la continuidad y el cambio, sino entre lo que la Iglesia debe conservar según una tradición cristiana que, recordémoslo, es siempre evolutiva y viva, y lo que debe cambiar para abordar en una posición de fuerza los desafíos del tercer milenio" (p.217).

BIBLIOGRAFIA

Rahner, Karl, S.J. *Cambio estructural de la Iglesia*. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1974

Tillard, Jean Marie René, O.P. *El obispo de Roma. Estudio sobre el papado*, Sal Terrae, Santander, 1986

Schatz, Klaus, S.J. *El primado del papa. Su historia desde sus orígenes hasta nuestros días*, Sal Terrae, 1996

Kehl, Medard, S.J. *¿A dónde va la Iglesia? Un diagnóstico de nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander, 1997

Arbuckle, Gerald A. *Refundar la Iglesia. Disidencia y liderazgo*, Sal Terrae, Santander, 1998

Kehl, Medard, S.J. *La Iglesia. Eclesiología Católica*, Ediciones Sigueme, Salamanca, 1998

FÉLIX MORACHO

es jesuita, especialista en Catequesis.